

BIBLIOGRAFIA

El proceso del Mariscal Petain

por JAIME IRIGOYEN.

EL PROCESO DEL MARISCAL PETAIN, por Jaime Irigoyen. — Lima. — Tipografía Peruana. — 222 páginas. — 1948.

Uno de los juicios más sensacionales de los últimos tiempos es, sin duda alguna, el que la Cuarta República Francesa instauró al Jefe del Estado, Mariscal Henri Philippe PETAIN, al terminar la segunda guerra mundial.

Jaime Irigoyen, joven y distinguido escritor peruano, que se encontraba en París durante ese ruidoso proceso, ha publicado recientemente un bien documentado libro en el cual relata las fases principales de ese "juicio", que ha dado lugar a los más enconados comentarios. El autor juzga imparcialmente y con altura los argumentos esgrimidos en la Corte de París, y llega a la conclusión de que solo la Historia podría juzgar la actitud del Mariscal Pétain, y se pregunta, al final, si los acusadores no podrían tal vez cambiarse en acusados.

Y no hay duda que la Historia demostrará —si ya no está ampliamente demostrando— que el famoso militar que, en 1918, salvó a su Patria, la salvó una vez más en los años luctuosos de 1940, cuando, destruída militarmente, Francia se hallaba a merced del enemigo. El anciano Mariscal, condenado por el "Tribunal" que lo juzgó, fué víctima de su honradez, de su valor y de su gran patriotismo. Había que encontrar una víctima y, naturalmente, se escogió a quien, voluntariamente, se entregó a Francia para responder de su actitud y "para evitar que otros franceses fueran condenados por haber obedecido las órdenes de su Jefe legítimo".

No hay que olvidar que el Mariscal Pétain fué llamado de su retiro en 1939, para asumir la dirección de la Embajada en Madrid, cuando, debido a la desastrosa política seguida por el Frente Popular durante la Guerra Civil, su país se encontraba en dificultades con el Gobierno del General Franco. El solo podía restablecer, debido a su rectitud y a su prestigio, el natural ambiente de cordialidad que tanto sirvió más tarde a Francia, que pudo entonces contar con la comprensión y la hidalguía de la gran nación hispana.

La guerra fué declarada, siendo el Mariscal absolutamente extraño a ella. Fué nuevamente llamado para participar en el Gobierno, cuando las tropas germanas avanzaban de manera arrolladora por el suelo francés. Fué el Gobierno constitucional del Presidente Lebrun quien solicitó el armisticio. Después, los responsables del desastre se ocultaron y no encontraron nada mejor que protegerse bajo la aureola gloriosa del anciano militar a quien una Asamblea Nacional temerosa entregó las riendas del Gobierno. Fueron esos mismos hombres quienes, más tarde, ya lejano el peligro, acusaron e insultaron a quien los salvó de la cólera y de la indignación del pueblo.

Todos los Estados reconocieron, sin vacilación, su Gobierno, desde el Vaticano, el más alto poder del Mundo, hasta... la Rusia Comunista.

Durante cuatro años que duró el Calvario de Vichy, el Mariscal Pétain, luchó, sin tregua, para evitar a los franceses mayores daños. Ningún hombre honrado podrá negarlo: en medio de las peores dificultades, sin contar con muchos apoyos, el venerable anciano devolvió a sus compatriotas la Fé y las esperanzas perdidas. Como el Capitán no debe abandonar el buque en el momento del peligro, Pétain no quiso huir del suelo de su Patria y prefirió sufrir con los cuarenta millones de franceses, para que los libertadores no hallaran únicamente más tarde ruinas y cementerios.

Los mismos alemanes han reconocido, en varias oportunidades, que, lejos de colaborar con ellos, el Mariscal se oponía frecuentemente a los designios del Fuehrer; ya sabemos como fué llevado prisionero a Alemania hasta la caída del nazismo.

Ahora, a los 94 años de edad, encarcelado en una isla del Atlántico frente a la costa francesa, el Mariscal Phillippe Pétain debe meditar sobre la fragilidad de las cosas terrestres y sobre la ingratitud de los hombres. Como ferviente católico pedirá a Dios que no castigue a sus indignos carceleros y que devuelva a su Patria la gloria que él le dió y de la que, desgraciadamente, no supo disfrutar.

Jaime Irigoyen merece un sincero aplauso por su obra. Solo exponiendo los hechos y los argumentos del Fiscal y de la Defensa deja ver claramente la rectitud con la cual procedió en todo momento el más noble y el más ilustre de los franceses.

Javier Kiefer-Marchand.
